

## CAPÍTULO XXVIII.

### ÚLTIMA ACUSACIÓN.

En cuanto el rey salió del gabinete de la reina, ésta corrió á la pieza del tocador, desde donde M. de Charny había podido oír todo lo que acababa de pasar.

Abrió la puerta, y volvió á cerrar la de su gabinete; después, dejándose caer en un sillón como si se encontrase demasiado débil para sostener semejantes choques, esperó silenciosa á que manifestase su parecer M. de Charny, que para ella era el juez más terrible.

Pero no tuvo que aguardar mucho tiempo, porque saliendo del tocador M. de Charny más pálido y decompuesto que nunca, le dijo:

— Señora, ya veis que no hay medio de que seamos amigos. Si no es mi convicción la que os ofende, lo será el rumor público: con el escándalo que acaba de darse no hay tranquilidad para mí ni tregua para vos. Los enemigos,

que después de la herida que acabáis de recibir estarán más encarnizados, caerán sobre vos para beber vuestra sangre, como hacen las moscas con la gacela herida.

— Veo que ha mucho rato buscáis una palabra natural, y que no dais con ella, dijo la reina melancólicamente.

— Creo no haber dado jamás pie á V. M. para poner en duda mi franqueza, repuso Charny, y que cuando ésta estalló fué con sobrada dureza, dureza que suplico á V. M. me perdone.

— Entonces, dijo muy conmovida la reina, lo que acabo de hacer, ese público golpe que acabo de dar, esa agresión peligrosa contra uno de los magnates de este reino, mi hostilidad declarada con la iglesia, mi reputación puesta á merced de las pasiones que reinan en los miembros de los parlamentos, todo eso no os basta! No hablo de la confianza para siempre socavada en el ánimo del rey, porque esta circunstancia no debe preocuparos, ¿no es cierto?.. ¡El rey! ¿Qué es el rey? ¡Un marido!

Sonrió la reina con tan dolorosa expresión al pronunciar estas palabras, que las lágrimas asomaron á sus ojos.

— ¡Oh! exclamó Charny, sois la más pura, noble y generosa de las mujeres. Si no os contesto al punto cual mi corazón me dicta, es porque me siento inferior á todo, y porque no me atrevo á profanar vuestro sublime corazón pidiendo un lugar en él.

— Señor de Charny, vos me creéis culpable

— ¡Señora!...

— Vos disteis crédito á las palabras del cardenal

— ¡Señora!

— Señor de Charny, mándoos que al punto me digáis, qué impresión ha hecho en vos la conducta del cardenal.

— Cumple á mi lealtad, deciros, señora, que M. de Rohán no ha sido un insensato como le llamasteis vos, ni un hombre débil como pudiera creerse; M. de Rohán es, á mi modo de ver, un hombre convencido que os amaba, que os ama y que en este momento sufre víctima de un error que le llevará á su perdición, y que á vos...

— ¿A mí?

— Y á vos, señora, á un deshonor inevitable.

— ¡Cielos!

— Ante mí se presenta un espectro amenazador: esa mujer odiosa, madama de La Motte, que ha desaparecido, siendo así que su declaración nos hubiera podido devolver á todos, tranquilidad, honor y seguridad para lo porvenir. Esa mujer es el espíritu infernal que se encarniza con vos y el azote de la monarquía; sí... esa mujer, que tal vez admitisteis en vuestra intimidad, iniciándola en vuestros secretos...

— ¡Mis secretos, mi intimidad! sellad, sellad el labio.

— Señora, el cardenal os dijo y probó con harta claridad que os habíais puesto de acuerdo con él para la compra del collar.

— ¡Oiga! volvéis á lo mismo, señor de Charny, dijo la reina poniéndose colorada.

— Perdonad, perdonad, ya veis que tengo un corazón menos generoso que vos, y veis también que yo, yo... soy indigno de que me honréis llamándome á compartir vuestros sentimientos: trato de consolar y en vez de hacerlo, clavo un puñal en vuestro pecho.

— Mirad, caballero, repuso la reina con altivez y enojo á la par, lo que el rey cree, puede creerlo todo el mundo; y no seré más indulgente con mis amigos, que con mi es-

poso, pues juzgo que un hombre no puede ver con gusto á una mujer cuando no la tiene aprecio. No hablo por vos, caballero, yo no soy una mujer, soy una reina, y vos no sois para mí un hombre, sois un juez.

Bajó Charny tanto la cabeza, que la reina hubo de admitir por suficiente la reparación y humildad de aquel *súbdito fiel*; más de pronto prosiguió diciendo:

— Os aconsejé que permanecierais en vuestras haciendas y ahora conozco que era muy prudente consejo. Lejos de la corte, que tanto á vuestras costumbres, honradez é inexperiencia repugna, lejos de la corte, digo, hubierais juzgado mejor á los personajes que figuran en su teatro. Conozco, señor de Charny, que para conservar el prestigio de las masas, es preciso cuidar mucho de la ilusión óptica, y no olvidar ni el colorete ni los afeites. Reina demasiado franca, no me he curado de rodearme, para los que me amaban, del prestigio de la dignidad real. ¡Ah! señor de Charny, la aureola que la corona deja en la frente de las reinas, parece dispensarlas de ser castas, de tener dulzura, talento y sobre todo corazón, ¿para qué nos sirve el hacernos amar si todo lo dominamos?

— No puedo expresaros, señora, contestó Charny muy conmovido, el sentimiento profundo que me causa la severidad de V. M. He podido olvidar quizás que erais mi soberana, pero hacedme, señora, la justicia de confesar que nunca olvidé que fueseis la primera de las mujeres, digna de mi respeto y de...

— Basta, basta; nada mendigo. Os lo he dicho, es necesario que por ahora os alejéis, pues tengo un presentimiento de que al fin sonará también vuestro nombre en todo esto.

— ¡ Señora, esto es imposible !

— ¡ Imposible ! ¿ no reflexionáis en el poder que tienen los que hace seis meses juegan con mi reputación y con mi vida ? ¿ no me decíais vos mismo que el cardenal está convencido, que su proceder nace de un *error* en el cual se le hace creer ? Los que de este modo infunden semejantes convicciones, señor conde, los que motivan *tales errores*, son muy capaces de haceros creer que sois un súbdito desleal del rey, y un amigo vergonzoso mío. Aquéllos que tan bien urden falsedades, descubrirán con harta facilidad la verdad. No perdáis tiempo, el peligro es grave ; retiraos á vuestras haciendas, huid del escándalo que necesariamente va á resultar del proceso que va á entablarse ; no quiero que os arrastre mi destino, ni que por mí perdáis vuestra carrera. Yo que, gracias á Dios, tengo en mi favor la inocencia y la uerza de una vida sin mancilla, y que estoy decidida, si llega el caso, á abrir mi pecho para que vean mis enemigos la pureza de mi corazón, yo sabré resistir. Para vos sería la difamación, la ruina y quizás el encarcelamiento ; llevaos ese dinero ofrecido con tan noble generosidad, y llevad en vuestra alma la seguridad de que no ha pasado desapercibido un solo movimiento generoso de vuestro corazón ; de que ninguna de vuestras dudas me ha herido ; de que he compartido hasta vuestros más insignificantes sentimientos. Marchad, os lo repito, y buscad en otra parte lo que la reina de Francia no puede ya daros : la fe, la esperanza y la felicidad. Cuento que pasarán por lo menos quince días antes que se sepa en París la prisión del cardenal, antes que se convoque el parlamento y naturalmente antes que se hagan las declaraciones. Partid pues ; tiene vuestro tío dos navíos prontos á hacerse á la vela en

Cherburgo y Nantes, elegid el que queráis, pero alejaos de mí, porque llevo conmigo la desgracia. Solo una cosa me interesaba en este mundo y viendo que se escapa me siento perdida.

En cuanto la reina pronunció estas palabras se levantó precipitadamente como para dar á Charny la despedida con que terminan las audiencias.

Charny se aproximó á la reina precipitadamente, pero en actitud respetuosa.

— V. M., dijo M. de Charny con voz bastante alterada, acaba de dictarme mi deber. No es en mis posesiones, no es fuera de la Francia donde está el peligro ; este existe en Versalles, donde se sospecha de V. M. ; en París, donde se os va á juzgar. Importa mucho por lo tanto que toda sospecha se disipe, y que toda decisión judicial sea una justificación ; y como no encontraréis un testigo más leal, ni defensor más resuelto que yo, no debo abandonaros ; me quedo pues. Los que sepan todos los sucesos que han dado margen á esos rumores, los manifestarán. Pero nosotros al menos tendremos la satisfacción inestimable para toda persona de corazón, de ver frente á frente á nuestros enemigos. Que tiemblen, señora, ante la imponente majestad de una reina inocente ; ante el valor de un hombre que es mejor que ellos. Sí, me quedo, y créame V. M., no hay necesidad de que oculte por más tiempo sus verdaderos sentimientos ; V. M. está íntimamente convencida de que no huiré, de que nada temo ; sabe también de que para no volver á verme no tiene necesidad de desterrarme. ¡ Oh, señora ! desde lejos se entienden los corazones, desde lejos las sensaciones son aún más ardientes que de cerca. Que.

réis que parda por vos, y no por mí; pero nada temáis; aunque estaré presente para vuestra defensa, no lo estaré para ofenderos ni perjudicaros; tened presente que no me habéis visto una sola vez en el espacio de ocho días que he habitado á muy pocas toesas de vuestra morada, espiando cada una de vuestras acciones, contando vuestros menores movimientos, viviendo en fin de vuestra propia vida! Ahora bien; estoy resuelto á que esto vuelva á suceder, porque no me es posible ejecutar lo que proponéis; no puedo partir. Por lo demás, ¡qué os importa mi presencia! ¿Es acaso que pensaríais en mí?

La reina hizo un movimiento al oír estas palabras y se separó un poco de Charny.

— ¡Como gustéis! dijo, pero... no me habéis comprendido bien, y desearía que dieseis siempre á mis palabras su verdadero sentido; no soy una coqueta, caballero de Charny; digo siempre lo que pienso, y pienso en lo que he dicho; he aquí el privilegio de una verdadera reina.

Un día os escogí entre todos los demás. No sé por qué se inclinaba mi corazón hacia vos. Tenía necesidad de una amistad sincera y pura, y os lo manifesté desde luego; pero no sucede hoy lo mismo; no pienso ahora lo que antes pensaba. Vuestra alma no es hermana de la mía. Os lo digo francamente; debemos separarnos.

— Muy bien, contestó Charny; pero nunca, jamás he creído que me hubieseis elegido... ¡Ah, señora! no, no puedo soportar la cruel idea de una separación; me atormentan sobremanera los celos, no puedo sufrir que me arrebatéis vuestro corazón; es mío, me lo habéis dado y

no lo perderé sino con la vida. Sed mujer, sed bondadosa, y no abuséis de mi debilidad; constantemente habéis reprobado mis dudas, y queréis ahora abrumarme con las vuestras, cuando tan críticas son las circunstancias que nos rodean.

— Corazón de niño, corazón de mujer, replicó la reina; ¿queréis á todo trance que cuente con vos? ¡excelentes defensores somos el uno para el otro! Vos sois demasiado débil, y yo, ¡ay! no soy mucho más fuerte.

— No os amaría como os amo, murmuró temblando Charny, si no fueseis lo que sois.

— ¿Pues qué? dijo María Antonieta con acento vivo y apasionado, esta reina despreciada, esta reina perdida, esta reina á quien el Parlamento va á juzgar muy pronto, que la opinión pública condenará, que un marido, su rey, la arrojará tal vez de su lado, ¡esta mujer encuentra un corazón que sinceramente la ame!

— Sí, encuentra y encontrará siempre un servidor que le tiene la mayor veneración, y que le ofrece toda la sangre de su corazón, en cambio de una lágrima vertida hace un momento por esa mujer.

— ¡Esta mujer, exclamó la reina, es bendecida y está orgullosa! ¡Es la primera de las mujeres, la más feliz de todas! sí, demasiado feliz, caballero Charny, ¡y no sé cómo esta mujer ha podido quejarse! Perdonadla.

Charny cayó á los pies de María Antonieta, y los cubrió de besos en un transporte de religioso amor.

En este momento se abrió con violencia la puerta del

corredor secreto, y apareció el rey, pálido, inmóvil, como si un rayo le hubiese pulverizado en su marcha.

Acababa de sorprender á los pies de María Antonieta al hombre acusado por el conde de Provenza.

## CAPÍTULO XXIX.

### PETICIÓN EN MATRIMONIO.

La reina y Charny se cambiaron una mirada tan llena de espanto, que su más cruel enemigo se habría compadecido de ellos en aquel momento.

Charny se levantó lentamente y saludó al rey con profundo respeto.

Se veía el corazón de Luis XVI latir violentamente bajo el encaje de su pechera.

— ¡ Ah, el señor de Charny ! exclamó con voz sorda.

El conde respondió con una nueva reverencia.

La reina conoció que no podía hablar y que estaba perdida.

El rey prosiguió con increíble mesura :

— Señor de Charny, es muy poco honroso para un noble el ser sorprendido en fragante delito de robo.

— ¡ De robo ! murmuró Charny.

— ¡De robo! repitió la reina creyendo oír aún zumbiar á sus oídos las terribles acusaciones relativas al collar, y suponiendo que el conde iba á ser denigrado como ella.

— Sí, prosiguió el rey, el arrodillarse ante la mujer de otro es un robo; y cuando esa mujer es una reina, caballero, entonces se llama crimen de lesa Majestad. Mandaré á mi guarda-sellos que os explique esto, señor de Charny.

El conde iba á hablar, iba á protestar de su inocencia, cuando la reina, impaciente en su generosidad, no quiso sufrir que se acusase de infame al hombre á quien ella amaba; por lo que, acudiendo en su auxilio, dijo con viveza:

— Señor, estáis, según me parece, en una vía de sospechas injuriosas, de suposiciones desfavorables; y os advierto que esas sospechas y esas prevenciones son intundadas. Veo que el respeto tiene encadenada la lengua del conde, pero yo, que conozco el fondo de su corazón, no dejaré que le acusen sin defenderle.

Al llegar aquí, la reina se paró, fatigada por la emoción y espantada de la mentira que iba á verse forzada á inventar, y, en fin, azorada porque no hallaba esa mentira.

Pero esa misma perplejidad que á ella, orgullosa reina, le parecía odiosa, era la salvación de la mujer. En esas horribles sorpresas en que á menudo se juega el honor, la vida de la mujer sorprendida, un minuto ganado basta para salvar, así como un segundo perdido había bastado para perderla.

La reina había aprovechado, sólo por instinto, la ocasión de esta tregua; había puesto coto á la sospecha del rey; había dado otra dirección á su espíritu y fortalecido el del conde. Esos minutos decisivos tienen alas veloces sobre

las que es arrebatada tan lejos la convicción de un celoso que casi no se la vuelve á hallar jamás, si otra vez no la trae sobre las suyas el demonio protector de los envidiosos de amor.

— ¿Me diréis acaso, replicó Luis XVI descendiendo del papel de rey al de marido inquieto, que no he visto á M. de Charny de hinojos ahí ante vos, señora? Para arrodillarse, es preciso...

— Es preciso, señor, añadió severamente la reina, que un súbdito de la reina de Francia tenga que pedirle una gracia!.. Este es un caso bastante frecuente en la corte, según creo.

— ¡Que pidiros una gracia! exclamó el rey.

— Y una gracia que yo no podía acordarle, prosiguió la reina. Sin esta circunstancia, os juro que M. de Charny no habría insistido, y que yo le habría hecho levantarse con la alegría de acceder á los deseos de un caballero á quien estimo muy particularmente.

Charny respiró. Los ojos del rey manifestaban la indecisión, su frente se iba despejando poco á poco de aquel inusitado aire de amenaza que la sorpresa le había hecho tomar.

En este intermedio, María Antonieta buscaba con la rabia de tener que mentir, y con el dolor de no hallar una mentira que tuviese alguna apariencia de verdad.

Confesándose en la imposibilidad de otorgar al conde la gracia que solicitaba, había creído encadenar la curiosidad del rey, y esperaba que el interrogatorio no pasaría de allí; pero se engañaba. Cualquiera otra mujer habría sido más diestra, manifestando menos calor, pero para María Antonieta era un suplicio atroz el mentir en presencia del

hombre á quien amaba. El mostrarse bajo este aspecto falso y miserable de la superchería de las comedias era acreditar todas las falsedades, las astucias y las mentiras de la intriga del parque por un desenlace consiguiente á su infamia; era mostrarse casi culpable; era peor que la muerte.

Mas ella vaciló aún, y hubiera dado su vida porque Charny idease la mentira; pero él, como un caballero leal, ni podía ni pensaba en ello. Temía demasiado en su delicadeza el aparecer dispuesto á defender el honor de la reina.

Lo que aquí escribimos en muchas líneas, demasiadas acaso aunque la situación sea fecunda, bastó medio minuto para que los tres actores lo sintiesen y expresasen.

María Antonieta esperaba que la pregunta saliese de los labios del rey, como por fin salió.

— Veamos, señora, decidme, ¿cuál es la gracia que, solicitada en vano por M. de Charny, le ha arrastrado á hincarse de hinojos ante vos?

Y, para dulcificar la dureza de esta pregunta suspicaz, e rey añadió:

— Quizás sea yo más feliz que vos, señora, y M. de Charny no tendrá necesidad de arrodillarse ante mí.

— Señor, os he dicho que M. de Charny solicitaba una cosa imposible.

— Al menos sepamos cuál es.

— ¿Qué se puede pedir de rodillas? dijo para sí la reina, ¿qué se me puede pedir que me sea imposible acordar?...

¡ Veamos, veamos!

— Ya escucho, dijo el rey.

— Señor, es que... la petición de M. de Charny es un secreto de familia.

— No hay secretos para el rey, que es dueño en su reino,

y padre de familia interesado en el honor y la seguridad de todos sus súbditos, que son sus hijos: aun cuando estos hijos desnaturalizados, añadió Luis XVI con severa dignidad, ataquen el honor y la seguridad de su padre.

La reina se estremeció bajo esta última amenaza del peligro y exclamó con espíritu turbado y trémulo acento:

— El señor de Charny quería obtener de mí...

— ¿Qué es lo que quería obtener, señora?

— Una licencia para casarse.

— ¡ En verdad! exclamó el rey tranquilizado; pero acometido de nuevo por sus celos.

— Y bien, dijo, sin notar lo mucho que su pobre mujer sufría por haber pronunciado estas palabras, ni lo muy pálido que estaba Charny al ver el dolor de la reina; ¿en qué está la imposibilidad de casar á M. de Charny? ¿por ventura no es de la primera nobleza? ¿No tiene una excelente fortuna? ¿no es valiente y hermoso? Verdaderamente, para no darle entrada en una familia, ó para que una mujer no le quiera, preciso es que sea princesa de sangre real ó casada, que son los dos únicos impedimentos invencibles. Así, señora, decidme el nombre de esa mujer con quien M. de Charny desea casarse, y si no está en uno ni en otro caso, yo os respondo de que allanaré la dificultad... por complaceros.

La reina, arrastrada por el peligro cada vez mayor, y hasta por la consecuencia de la primera mentira, repuso con vehemencia:

— No, señor, no; hay dificultades que vos no podéis vencer y la que nos ocupa es de esta clase.

— Razón más para que yo sepa qué cosa es imposible al rey, interrumpió Luis XVI con enojo concentrado.

Charny miró á la reina, que parecia próxima á desmayarse; y hubiera dado un paso hacia ella á no contenerle la inmovilidad del rey. ¿ Con qué derecho él que no era nada para aquella mujer, hubiera ofrecido su mano ó su apoyo á la que su rey y su esposo abandonaba ?

— ¿ Qué poder hay contra el que el rey no tenga acción ? se preguntaba la reina. ¡ Sugeridme aún esta idea, Dios mío ! ¡ Acordadme este socorro !

Y de súbito una idea luminosa atravesó su espíritu.

— ¡ Ah ! dijo para sí, el mismo Dios me envía este socorro. Las mujeres que pertenecen á Dios no le pueden ser arrebatadas, ni aun por el rey.

Y levantando la cabeza, dijo por último al rey :

— Señor, la mujer con quien M. de Charny quisiera casarse, está en un convento.

— ¡ Ah ! exclamó el rey, poderosa es la razón. En efecto, muy difícil es quitar á Dios lo que es suyo para darlo á los hombres. Pero es extraño que M. de Charny haya concebido unos amores tan repentinos, pues jamás me ha hablado nadie de ellos, ni aun su mismo tío á quien nada puedo negar. Os ruego me digáis, señor de Charny, quién es esa mujer á quien amáis.

La reina sintió un dolor punzante; iba á oír un nombre pronunciado por Olivier; iba á sentir la tortura de su embuste; ¿ y quién sabe si Charny no iba á revelar un nombre amado en otro tiempo, recuerdo aún doloroso del pasado, ó bien un nombre, germen de amor, esperanza vaga del porvenir ? Por no recibir este golpe terrible, María Antonieta tomó la delantera, y exclamó de repente :

— Pero, señor, vos conocéis la que M. de Charny pide en matrimonio; es... la señorita de Taverny.

Charny dió un grito y se tapó la cara con ambas manos. La reina se llevó una mano al corazón, y fué á caer casi desmayada sobre su sillón.

— ¡ La señorita de Taverny ! repitió el rey. ¿ La señorita de Taverny, que se retiró á San Dionisio ?

— Sí, señor, articuló la reina con voz débil.

— Pero aun no ha profesado, que yo sepa.

— Pero debe profesar.

— Eso será según y conforme, dijo el rey. Sin embargo, añadió con un último resto de desconfianza, ¿ por qué habría de profesar ?

— Porque es pobre, dijo María Antonieta; vos sólo habéis enriquecido á su padre, añadió con cierta dureza.

— Esa es una falta que yo repararé, señora; M. de Charny la ama..

La reina se estremeció, y lanzó al joven una mirada ávida, como para suplicarle que negase.

Charny miró fijamente á María Antonieta, y no respondió.

— Bien, dijo el rey, tomando este silencio por un asenso respetuoso. ¿ Y sin duda la señorita de Taverny ama á M. de Charny ? Yo dotaré á la señorita de Taverny: le daré las 500, 000 libras que el otro día he rehusado á M. de Calonne para vos. Dad las gracias á la reina, señor de Charny, por haberse dignado contarme todo eso y asegurar la felicidad de vuestra vida.

Charny dió un paso adelante y se inclinó como una pálida estatua á quien Dios hubiese animado milagrosamente por un momento.

— ¡ Oh ! esto bien merece la pena de que os arrodilléis otra vez, dijo el rey con ese ligero asomo de broma vulgar

que á menudo templaba en él la nobleza tradicional de sus antepasados.

La reina se estremeció, y por un impulso espontáneo, alargó ambas manos al joven, el cual se arrodilló ante ella y estampó en sus bellas manos heladas un beso en que suplicaba á Dios le dejase exhalar su alma.

— Vamos, dijo el rey ; ahora dejemos á la reina el cuidado de vuestros negocios, y venid conmigo, caballero.

Y echó á andar adelante con tal presteza, que Charny pudo volverse en el umbral de la puerta, y ver el inefable dolor de aquel adiós eterno que le enviaban los ojos de la reina.

Cerróse entre ellos la puerta, barrera en lo sucesivo insalvable para sus inocentes amores.

## CAPÍTULO XXX.

SAN DIONISIO.

La reina quedó sola y sumida en la desesperación. Se descargaban sobre ella tantos golpes á un tiempo que ya no sabía de qué lado venía el dolor más agudo.

Después de haber permanecido una hora en ese estado de duda y abatimiento, se dijo que era tiempo de buscar una salida. El peligro se aumentaba ; el rey, ufano de una victoria alcanzada contra las apariencias, se apresuraría á propalarla, y podía suceder que ese rumor fuese acogido de tal suerte, que perdiera todo el beneficio del fraude cometido.

Este fraude ; ay ! ; cuánto se lo vituperaba la reina ! ; cuánto habría querido recoger aquella palabra escapada, y quitar, aun á Andrea, la dicha quimérica que quizás ella iba á rehusar !

En efecto, en eso surgía otra nueva dificultad. El nombre de Andrea lo había salvado todo delante del rey ; pero,

¿quién podía responder de aquel espíritu caprichoso é independiente que se llamaba Mlle de Taverney? ¿quién podía contar con que aquella orgullosa señorita enajenase su libertad y porvenir en beneficio de una reina á quien pocos días antes había dejado como enemiga?

Entonces, ¿qué sucedería? Si Andrea rehusaba, como era verosímil, todo el edificio de embustes venía al suelo; la reina aparecía como una intrigante de mediano talento; Charny como un tonto Sigisbeo, un embustero, y la calumnia, convertida en acusación, tomaba las proporciones de un adulterio innegable.

María Antonieta, al reflexionar en todo esto, sintió que su razón se extraviaba: estuvo para ceder á la posibilidad de que se realizase; se tapó con las manos su cara ardiente, y aguardó.

¿De quién podía fiarse? ¿quién era la amiga de la reina? ¿madama de Lamballe? ¿esta señora, que era la pura razón, la fría, la inflexible razón? ¿Por qué tentar aquella virginal imaginación, que, además, no querían comprender las damas de honor, serviles adúladoras de la prosperidad, trémulas al soplo de la desgracia, dispuestas tal vez á dar una lección á su reina cuando ella necesitaba un socorro?

Nada quedaba más que la misma Mlle de Taverney. Esta tenía un corazón de diamante cuyas puntas podían cortar el vidrio, pero cuya invencible solidez y grande pureza eran las únicas que podían simpatizar con los agudos dolores de la reina.

De consiguiente María Antonieta iría á ver á Andrea; le expondría su desgracia, la suplicaría que se inmolase por ella. Andrea rehusaría sin duda, porque no era de las

mujeres que se dejan imponer; pero poco á poco, ablandada por sus ruegos, cedería. Además, ¿quién sabe entonces si no se obtendría un plazo? si, pasado el primer ímpetu, el rey, apaciguado por el aparente consentimiento de los dos novios, no acabaría por olvidar?.. En ese caso, con un viaje todo quedaba arreglado. Andrea y Charny, alejándose por algún tiempo, hasta que la hidra de la calumnia no estuviese ya hambrienta, podrían dejar decir que se habían desligado de su palabra amistosamente, y nadie adivinaría entonces que aquel proyecto de matrimonio era un juego.

De ese modo la libertad de Mlle de Taverney no se habría comprometido, y la de Charny no se enajenaría tampoco; la reina no tendría ya el atroz remordimiento de haber sacrificado dos existencias al egoísmo de su honor; y ese honor, que comprendía el de su marido y el de sus hijos, no sufriría menoscabo, lo transmitiría sin mancha á la futura reina de Francia.

Tales eran sus reflexiones. Así es como creía haberlo arreglado de antemano todo, decencia é intereses privados. En presencia de tan horrible peligro, preciso era discurrir con esa firmeza de lógica; preciso era armarse de todas piezas contra un adversario tan difícil de combatir como Mlle de Taverney, cuando se dejaba llevar de su orgullo y no de su corazón.

Cuando se halló preparada, María Antonieta se decidió á marchar. Bien hubiera querido advertir á Charny que no diese ningún paso intempestivo, pero la contuvo la idea de que sin duda la acechaban algunos espías; de que todos sus pasos serían mal interpretados en semejante ocasión, y de que tenía bastantes pruebas de la sensatez, del acendrado afecto y la resolución de Charny, para abrigar la convicción

de que él ratificaría tanto cuanto ella juzgase oportuno hacer.

Llegaron las tres, la comida de gran etiqueta, las presentaciones y las visitas; la reina recibió á todos con semblante sereno y con una afabilidad que no quitaba nada á su conocido orgullo; hasta afectó mostrar á aquéllos que ella creía ser sus enemigos, una firmeza que de ordinario sienta mal á los culpables.

Jamás había sido tan grande la afluencia á la corte; jamás la curiosidad había tratado de examinar tan detenidamente á una reina en peligro. María Antonieta hizo frente á todo, anonadó á sus enemigos, llenó de gozo á sus amigos, convirtió á los indiferentes en amigos celosos, y á éstos en amigos entusiasmados, y pareció tan bella y tan grande que el rey le dirigió sus felicitaciones públicamente.

Luego, cuando todo se hubo terminado, deponiendo sus sonrisas de mando, y entregada á sus recuerdos, esto es, á sus dolores, sola, muy sola en el mundo, se mudó de traje, tomó un sombrero gris con lazos y flores azules, un vestido de gris-muralla, subió á una carroza y, sin guardias, acompañada de una sola dama, mandó que la condujesen á San Dionisio.

Era la hora en que las monjas, vueltas á sus celdas, pasaban del modesto ruido del refectorio al silencio de las meditaciones que exceden al último rezo de la noche.

La reina mandó llamar al locutorio á Mlle Andrea de Taverney.

Esta, de rodillas, sepultada en su peinador, miraba por su ventana la luna saliente por detrás de los altos tilos, y en esa poesía de la entrada de la noche hallaba el tema de todas las oraciones fervientes y apasionadas que enviaba á Dios para aliviar su alma.

Andrea bebía á grandes tragos el dolor irremediable de la ausencia voluntaria. Este suplicio sólo es conocido de las almas fuertes; es una tortura á la par que un placer; se parece en sus agonías á todos los dolores vulgares, y para en un deleite que sólo pueden sentir los que saben sacrificar la felicidad al orgullo.

Andrea había dejado la corte por su propia voluntad, y había roto del mismo modo con todo lo que podía alimentar su amor. Orgullosa como Cleopatra, no había podido soportar siquiera la idea de que Charny pudiese pensar en ninguna otra mujer, aun cuando ésta fuera la reina.

Ninguna prueba tenía de aquel ardiente amor por otra mujer. Cierto, la celosa Andrea habría sacado de esa prueba toda la convicción que puede hacer sangrar un corazón. Pero ¿no había visto á Charny pasar indiferente junto á ella? ¿No había visto á la reina admitir, aunque inocentemente sin duda, los homenajes y la preferencia de Charny?

Y siendo así, ¿para qué había de permanecer en Versalles? ¿para mendigar cumplimientos? ¿para recoger alguna sonrisa? ¿para obtener de vez en cuando la ojerza de un brazo, el contacto de una mano, cuando la reina le prestase en los paseos los obsequios de Charny por no poder ella recibirlos en esos momentos?

No, en esa alma estoica no cabía cobarde debilidad ni transacción. ¡La vida con el amor y la preferencia, ó el claustro con el amor y el orgullo herido!

— ¡Jamás, jamás! repetía la orgullosa Andrea; el que yo amo en el retiro, el que no es para mí más que una nube, un retrato, un recuerdo, jamás me ofende, siempre me sonríe, no sonrío más que á mí.

He ahí por qué había pasado tantas noches dolorosas, pero libres ; he ahí por qué, dichosa con poder llorar cuando se sentía débil y de maldecir cuando se exaltaba, Andrea prefería la ausencia voluntaria que le dejaba la integridad de su amor y de su dignidad, á la facultad de ver á un hombre á quien aborrecía porque se veía forzada á amarle.

Y además, esas mudas contemplaciones del amor puro, esos éxtasis divinos de la soledad iormaban para Andrea una vida de más atractivo, que las fiestas lummosas de Versalles y la necesidad de doblar la cabeza ante unas rivales, y el temor de dejar sorprender públicamente el secreto encerrado en su corazón.

Hemos dicho que la noche del día de San Luis la reina fué á ver á Andrea á San Dionisio, y que la halló meditando en su celda.

En efecto, fueron á decir á Andrea que la reina acababa de llegar, que el capítulo la recibía en el locutorio principal, y que S. M. después de los primeros cumplimientos, había preguntado si se podía hablar á Mlle de Taverney.

¡ Cosa extraña ! Andrea, corazón enmuellecido por el amor, no necesitó más para brincar ante ese perfume que le llegaba de Versalles ; perfume maldito, aun la vispera, y más precioso á medida que se alejaba más, precioso como todo lo que se evapora, como todo lo que se olvida ; precioso como el amor !

— ¡ La reina ! murmuró Andrea ; ¡ la reina en San Dionisio ! ¡ la reina me llama !

— ¡ Pronto, daos prisa ! le respondieron.

En efecto, se dió prisa ; se echó encima el gran manto religioso, se ciñó el cingulo de lana sobre su vestido flotante, y sin darse una mirada á su espejito, siguió á la tornera que había ido á llamarla.

Pero apenas había andado cien pasos, cuando se sintió humillada de haber experimentado tanta alegría.

— ¿ Por qué se ha estremecido mi corazón ? dijo para sí. ¿ Qué tiene que ver Andrea de Taverney con que la reina de Francia visite el monasterio de San Dionisio ? ¿ Acaso esto me causa orgullo ? La reina no viene aquí por mí. ¿ Es alegría ? Yo no amo ya á la reina.

— ¡ Vamos, calma, mala religiosa ! ya que no pertences á Dios ni al mundo, á lo menos trata de pertenecerte á ti misma.

Así se reconvenía Andrea mientras bajaba la escalera principal, y, dueña de su voluntad, borró de sus mejillas el sonrosado fugitivo de la precipitación, y templó la rapidez de sus movimientos ; pero, para conseguirlo, tardó más en bajar las seis últimas gradas que todas las primeras.

Cuando llegó tras del coro, al locutorio de ceremonia en que la luz de las arañas y los cirios se aumentaba bajo las manos presurosas de algunas legas, Andrea estaba fría y pálida.

Al oír á la tornera que la acompañaba pronunciar su nombre, al percibir á María Antonieta sentada en el sillón abacial, mientras que á ambos lados se inclinaban solícitas las más nobles frentes del capítulo, Andrea sintió unas palpitations que suspendieron su marcha por espacio de algunos segundos.

— ¡ Ah ! ¡ acabad de llegar, que yo os hable, señorita ! dijo la reina medio sonriendo.

Andrea se acercó é inclinó la cabeza.

— ¿ Me permitiréis, señora ?.. dijo la reina dirigiéndose á la abadesa.

Ésta respondió con una reverencia, y salió del locutorio seguida de todas las otras monjas.

La reina se quedó sola sentada con Andrea, cuyo corazón latía tan fuertemente que se le podía oír sin el ruido más lento de la péndola del antiguo reloj.

## CAPÍTULO XXXI.

### UN CORAZÓN MUERTO.

La reina fué la que entabló la conversación, como era justo, diciendo con una fina sonrisa :

— ¡ Conque estáis aquí ! Me hacéis una impresión singular en hábito de monja.

Andrea no respondió.

— El ver á una antigua compañera, prosiguió la reina, perdida ya para el mundo en que nosotros vivimos aún, es como un severo consejo que nos da la tumba. ¿ No sois de mi parecer, señorita ?

— Señora, replicó Andrea, ¿ quién osaría dar un consejo á V. M. ? La misma muerte no advertirá á la reina sino el día en que la arrebate. En efecto, ¿ cómo había de hacerlo de otro modo ?

— ¿ Por qué ?

— Porque, señora, una reina está destinada, por la naturaleza de su elevación, á no sufrir en este mundo más que

las necesidades inevitables. Todo lo que puede mejorar su vida, lo tiene; todo lo que, en otro, puede ayudarle en embellecer su carrera, una reina lo coge á otro.

La reina hizo un movimiento de sorpresa.

— Y tiene un derecho á ello, se apresuró á decir Andrea; otro para una reina es una colección de súbditos, cuyos bienes, honor y vida pertenecen á sus soberanos. De consiguiente, vida, honor y bienes, morales y materiales, son propiedad de las reinas.

— He ahí unas doctrinas que me sorprenden, dijo lentamente María Antonieta. Vos hacéis de una soberana de este país, no sé qué especie de ogro que se engulle la fortuna y la felicidad de los simples ciudadanos. ¿ Soy por ventura una mujer de esa especie, Andrea? ¿ Habéis tenido verdaderamente motivos para quejaros de mí cuando estabais en la corte?

— V. M. ha tenido la bondad de hacerme esa misma pregunta cuando me retiré, replicó Andrea; yo respondí, como ahora: No, señora.

— Pero muchas veces nos ofende un agravio aunque no nos sea personal, repuso la reina. ¿ He agraviado á alguna de vuestra familia, y de consiguiente merecido las palabras duras que acabáis de dirigirme? Andrea, el retiro que habéis escogido es un asilo contra todas las malas pasiones del mundo. Viniendo á veros aquí, ¿ debo hallar una hermana en Jesucristo ó una frente severa y palabras de hiel? ¿ Debe yo, que acudo aquí como una amiga, encontrar las reconvenções ó la animosidad velada de una enemiga irreconciliable?

Andrea levantó los ojos, atónita de esta placidez que María Antonieta no estaba acostumbrada á usar con

sus servidores, pues era altiva y ruda con las resistencias.

Oír sin irritarse las palabras pronunciadas por Andrea, era un esfuerzo de paciencia y amistad que enterneció visiblemente á la huraña solitaria.

— S. M. sabe bien, dijo más bajo, que los Taverney no pueden ser sus enemigos.

— Comprendo, replicó la reina; no me perdonáis el haber estado fría con vuestro hermano, ¿ y él quizás me acusa de ligera, y hasta de caprichosa?

— Mi hermano es un súbdito demasiado respetuoso para acusar á la reina, dijo Andrea esforzándose en conservar su gravedad.

La reina conoció que se haría sospechosa si aumentaba la dosis de miel destinada á amansar el cerbero; de consiguiente se contuvo, y dijo:

— Lo cierto es que habiendo venido á San Dionisio á hablar á la superiora, he querido veros y aseguraros que de lejos como de cerca soy vuestra amiga.

Andrea conoció este ligero cambio; temió haber ofendido á su vez á quien la acariciaba, y temió aún mucho más haber revelado su llaga dolciosa á los ojos perspicaces de una mujer.

— V. M. me colma de honor y alegría, dijo con tristeza.

— No habléis así, Andrea, porque me desgarráis el corazón, replicó la reina estrechándole la mano. ¡ Cómo! ¡ no se dirá que una miserable reina pueda tener una amiga, pueda disponer de un alma, y reposar con confianza sus ojos en unos ojos encantadores como los vuestros, sin sospechar en el interior de sus ojos el interés ó el resentimiento! Sí, sí, Andrea; causad envidia á estas reinas, á

estas dueñas de los bienes, del honor y de la vida de todos. ¡Oh, sí! ellas son reinas; sí ¡poseen el oro y la sangre de sus pueblos... pero ¡el corazón! ¡Jamás, jamás! Ellas no pueden cogerlo, es preciso que se lo den.

— Os aseguro, señora, que he amado á V. M. tanto como puedo amar en este mundo.

Y al decir estas palabras, se ruborizó y bajó la cabeza.

— ¡Vos... me habéis... amado!... exclamó la reina cogiendo al vuelo estas palabras. ¿Según eso, ya no me amáis?

— ¡Oh, señora!

— Andrea, nada os exijo... ¡Mal haya el claustro que tan pronto extingue el recuerdo en ciertos corazones!

— No acuséis mi corazón: está muerto, dijo con viveza Andrea.

— ¡Vuestro corazón está muerto! ¡Vos, Andrea, joven y hermosa, decís que vuestro corazón está muerto! ¡Ah! no juguéis con esas palabras fúnebres. No está muerto el corazón de quien conserva esa sonrisa y esa belleza: no digáis eso, Andrea.

— Os lo repito, señora, nada de la corte ni del mundo existe ya para mí. Aquí vivo como la hierba y la planta; tengo goces que sólo yo comprendo, y esa es la razón porque hace un momento, al veros de nuevo espléndida y soberana, no os he comprendido desde luego, siendo como soy una tímida y obscura monja; mis ojos se han cerrado deslumbrados por vuestro brillo; os suplico me perdonéis: este olvido de las gloriosas vanidades del mundo no es un crimen muy grande, y puesto que mi confesor me lo aplaude todos los días, os suplico, señora, que no seáis más severa que él.

— ¡Cómo! ¿conque estáis contenta en el convento? dijo la reina.

— Abrazo con placer la vida solitaria.

— ¿Nada os queda ya en el corazón que os recomiende los goces del mundo?

— Nada.

— ¡Dios mío! dijo para sí la reina llena de inquietud; ¿si se malogrará mi plan?

Y un frío mortal recorrió sus venas.

— Tratemos de tentarla, prosiguió diciéndose; si se frustra este medio, recurriré á las súplicas. ¡Oh! suplicarla para esto, para que acepte á M. de Charny... ¡Dios de bondad! ¿No es preciso ser bastante desgraciada?

— Andrea, repuso María Antonieta dominando su emoción, acabáis de manifestar vuestra satisfacción en unos términos que me quitan la esperanza que había concebido.

— ¿Qué esperanza, señora?

— Si estáis decidida, como acabáis de manifestar, no hablemos de eso... ¡Ay! era para mí una sombra de placer, ¡pero se ha desvanecido! ¡No es todo una sombra para mí! No pensemos más en ello.

— Pero en fin, señora, por lo mismo que debe redundar en satisfacción vuestra, explicadme...

— ¿Para qué? Os habéis retirado del mundo, ¿no es verdad?

— Sí, señora.

— ¿Con gusto?

— ¡Oh! con el mayor gusto.

— ¿Y ahora aplaudís lo que habéis hecho?

— Más que nunca.

-- Estáis viendo que es superfluo el que yo hable. Sin embargo, Dios es testigo de que he creído un momento que os haría feliz.

— ¿A mí?

— ¡Sí, á vos, ingrata, que me acusabais! Pero hoy habéis columbrado otros goces; conocéis mejor que yo vuestros gustos y vuestra vocación, y renuncio...

— En fin, señora, hacedme el honor de explicarme eso.

— ¡Oh! es muy sencillo; quería volveros á la corte.

— ¡Oh! exclamó Andrea con una sonrisa llena de amargura. ¡Yo volver á la corte!... ¡Dios mío, Dios mío! ¡No, no! ¡Jamás, señora!... á pesar de lo mucho que me cuesta el desobedecer á V. M.

La reina se estremeció. Su corazón se llenó de un dolor indecible, pues siendo como era un poderoso navío, naufragaba sobre un átomo de granito.

— ¿Vos rehusáis? murmuró.

Y para ocultar su turbación, se cubrió la cara con las manos.

Andrea, creyéndola abatida, se acercó á ella y se arrojó como para dulcificar con su respeto la herida que acababa de hacer en la amistad ó el orgullo.

— Veamos lo que habríais hecho de mí en la corte, dijo: de mí, triste, nula, pobre y maldecida, de mí de quien todos huyen, porque soy tan miserable que siquiera no he sabido inspirar á las mujeres la vulgar inquietud de las rivalidades, ni á los hombres la vulgar simpatía de la diferencia de los sexos... ¡Ah! señora y querida ama, dejad á esta religiosa, pues el mismo Dios que recibe á las enfermas de cuerpo y de corazón, la halla demasiado defectuosa y no

la acepta. Dejadme con mi miseria y soledad; ¡dejadme!

— ¡Ah! el estado que venia á proponeros desmiente todas esas humillaciones de que os quejáis, dijo la reina levantando los ojos. El matrimonio de que se trata os haría una de las más distinguidas señoras de Francia.

— ¡Un... matrimonio! balbuceó Andrea asombrada.

— Vos rehusáis, dijo la reina cada vez más desalentada.

— ¡Oh! sí, ¡rehuso, rehuso!

Al oír esto, la reina dijo en tono de súplica:

— ¡Andrea!...

— ¡Rehuso, señora, rehuso!

Desde este momento, María Antonieta se preparó con espantosa opresión de corazón á dar principio á las súplicas; pero en el momento en que se levantaba indecisa, trémula, azorada, sin saber cómo principiar su discurso, Andrea, que creía iba á marcharse, la retuvo cogiéndola del vestido, y le dijo:

— Á lo menos, señora, hacedme el insigne favor de decirme el nombre del que me aceptaría por compañera; pues he sufrido tanto de verme humillada en toda mi vida, que el nombre de ese hombre generoso...

Y se sonrió con una ironía punzante.

— Será, prosiguió, el bálsamo que en lo sucesivo aplicaré á todas las heridas de mi orgullo.

La reina vaciló; pero como tenía necesidad de apurarle todo, dijo con tono triste é indiferente:

— M. de Charny.

— ¡M. de Charny! exclamó Andrea con una explosión espantosa. ¡M. Olivier de Charny!

— Sí, M. Olivier, repitió la reina mirando á la joven con asombro.

— ¿ El sobrino de M. de Suffrén ? prosiguió Andrea, cuyas mejillas se cubrieron de carmín, y cuyos ojos resplandecían como dos estrellas.

— El sobrino de M. de Suffrén, respondió María Antonieta cada vez más pasmada del cambio operado en las facciones de Andrea.

— ¿ Es con M. Olivier con quien queréis casarme ? Decidme, señora.

— Con el mismo.

— ¿ Y... consiente él ?

— Os pide en matrimonio.

— ¡ Oh, acepto, acepto ! dijo Andrea loca y fuera de sí de gozo. ¡ Conque soy yo á quien él ama !... ¡ yo á quien ama como yo le amaba á él !

La reina retrocedió trémula y lívida exhalando un sordo suspiro, y fué á caer aniquilada sobre un sillón, mientras que la insensata Andrea la abrazaba las rodillas, cubría sus manos de lágrimas y se las devoraba á besos.

— ¿ Cuándo marchamos ? dijo por último, así que pudo reemplazar con palabras sus gritos inarticulados y sus suspiros.

— Venid ahora mismo, murmuró la reina, la cual se sentía expirar y quería salvar su honor antes de morir.

Levantóse, se apoyó en Andrea cuyos ardientes labios buscaban sus mejillas heladas, y mientras la joven se preparaba para la marcha :

— Y bien ; ¡ Dios mío !... ¿ No basta ya de dolores para un solo corazón ? dijo exhalando un suspiro amargo la in-

fortunada soberana, la que poseía el honor y la vida de treinta millones de súbditos.

— Y sin embargo, ¡ debo daros gracias, Dios mío ! añadió, porque salváis á mis hijos del oprobio, ¡ y me dáis el derecho de morir bajo mi manto real !